

Una familia de tantas

El padre. Pastor Pagán sabe guiñar. Es un profesional del guiño. Para él, guiñar un ojo —uno solo— es una forma de cortesía. Toda la gente con la que trata concluye el negocio con un guiño. El director del banco cuando tramita un préstamo. El cajero cuando cobra un cheque. El administrador cuando se lo da. El contador cuando se hace el tonto y no lo registra. El delegado del patrón cuando le da la orden de ir al banco. El portero. El chofer. El jardinero. La criada. Todo el mundo le guiña. Guiñan los faroles de los automóviles, las luces de tránsito, el relámpago en el cielo, las hierbas en la tierra y las águilas en el aire, para no hablar de los aviones que sobrevuelan todo el santo día la casa de Pastor Pagán y su familia. El ronroneo felino de los motores sólo es interrumpido por los guiños del tráfico en la Avenida Revolución. Pastor les responde con su propio guiño, movido por la certeza de que así lo dictan las buenas maneras. Ahora que está pensionado, se acuerda de sí mismo como de un guiñador profesional que jamás abrió los dos ojos al mismo tiempo y cuando lo hizo, ya era demasiado tarde. Un guiño de más, se recriminaba a sí mismo, un guiño de más. No se retiró. Lo retiraron a los cincuenta y dos años. ¿De qué se iba a quejar? En vez de castigarlo, le dieron una buena compensación. Junto con el retiro temprano vino el regalo de esta casa, no una gran mansión pero sí una vivienda decente. Una reliquia de la lejana época «aztequista» de la Ciudad de México, cuando a los arquitectos nacionalistas de los años treinta les dio por construir casas con aspecto de pirámides indias. O sea, la casa se iba haciendo angosta entre la planta baja y el tercer piso. Éste resultaba inhabitable por estrecho. Pero su hija Alma encontró que era ideal para su igualmente estrecha vida, dedicada a jugar con la red y encontrar en el mundo virtual de Internet la vida necesaria —o suficiente— para ya no salir más de la casa, pero sintiendo que era parte de una vasta tribu invisible conectada a ella como ella se conectaba, estimulada, a un universo que le parecía el único digno de apropiarse de «la cultura». La planta baja, propiamente el sótano, lo ocupa ahora el hijo Abel, reintegrado al hogar a los treinta y dos años, después de intentar una fracasada vida independiente. Regresó orgulloso para no demostrar que regresó contrito. Pastor lo recibió sin decir palabra. Como si no hubiera pasado nada. En cambio, Elvira, la mujer de Pastor, recuperó al hijo con signos de alborozo. Nadie comentó que Abel, regresando al hogar, admitía que a su edad sólo podía vivir gratis en el seno de la familia. Como un niño. Sólo que el niño acepta su situación sin problemas. Con alegría.

La madre. Elvira Morales cantaba boleros. Allí la conoció Pastor Pagán, en un cabaret de medio pelo cerca del Monumento a la Madre, en la

Avenida Villalongín. Desde jovencita, Elvira cantó boleros en su casa, al bañarse, al ayudar en la limpieza y antes de dormirse. Las canciones eran su plegaria. La ayudaban a soportar la vida triste de una hija sin padre y con una madre desolada. Nadie la ayudó. Se hizo sola, sola llegó a pedir trabajo a un cabaret de Rosales, fue aceptada, gustó, luego mejoró de barrio y comenzó a creerse todo lo que cantaba. El bolero no es bueno con las mujeres. A la hembra la trata de «hipócrita, sencillamente hipócrita» y añade: «perversa, te burlaste de mí». Elvira Morales, para darle convicción a sus canciones, asumía la culpa de las letras, se preguntaba si en verdad su savia fatal emponzoñaba a los hombres y si su sexo era la hiedra del mal. Ella se tomó muy en serio las letras de los boleros. Por eso entusiasmaba, convencía y provocaba aplausos noche tras noche a la luz blanca de los reflectores que por fortuna oscurecían los rostros de los asistentes. El público era la cara oscura de la luna y Elvira Morales podía entregarse a ciegas a las pasiones que pronunciaba, convencida de que eran ciertas y de que, siendo ella en la canción una «aventurera», no lo sería en la vida real. Al contrario, daría a entender que vendería caro, carísimo, su amor y que aquel que de su boca la miel quisiera, pagaría con brillantes su pecado... Elvira Morales podía entonar melódica la ruindad de su destino, pero fuera de la escena guardaba celosamente su «admirable primavera» (rima con «aventurera»). Después del show, jamás se mezclaba con los asistentes. Regresaba a su camerino, se vestía y volvía a casa, donde la esperaba su desdichada madre. Las solicitudes de los parroquianos —una copa, un bailecito, un poquito de amor— eran rechazadas, las flores tiradas a la basura, los regalitos devueltos. Y es que Elvira Morales, en todos sentidos, tomaba en serio lo que cantaba. Conocía por el bolero los peligros de la vida: mentira, cansancio y miseria. Pero la letra la autorizaba a creer, a creer de verdad, que «un cariño verdadero, sin mentiras ni maldad» se puede encontrar cuando «el amor es sincero».

La hija. Alma Pagán hizo un esfuerzo por acomodarse en el mundo. Que nadie le dijera que no lo intentó. A los dieciocho años, entendió que una carrera le estaba vedada. No había tiempo ni dinero. La preparatoria era el tope, sobre todo si los recursos de la familia (tan escasos) iban a apoyar a su hermano Abel en la Universidad. Alma era una chica muy atractiva. Alta, esbelta, de pierna larga y talle angosto, pelo negro recortado en casco, busto generoso sin exagerar, piel mate y mirada velada, boca entreabierta y naricilla nerviosa, Alma parecía que ni mandada a hacer para la novedosa ocupación de edecán en ceremonias oficiales. Ataviada igual que las otras tres o seis o doce muchachas escogidas para presentaciones de empresas, congresos internacionales, actos oficiales, camisa blanca con chaquetilla y falda azul marinas, medias oscuras y tacones altos, la función de Alma consistía en estarse quieta detrás del orador de turno, renovar los vasos de agua en los paneles, no mover un músculo facial, nunca sonreír y menos desaprobar lo que fuese. Expulsar sus emociones y ser el perfecto maniquí. Un día reunió a las cinco compañeras de una función de

beneficencia y se vio idéntica a ellas, todas igualitas entre sí, toda diferencia borrada. Eran clones la una de la otra. No tenían más destino que ser idénticas entre sí sin nunca ser idénticas a sí mismas, parecerse en la inmovilidad y luego desaparecer, jubiladas por la edad, los kilos o una media negra corrida. Esta idea horrorizó a Alma Pagán. Se despidió de la chamba y como era joven y bonita encontró empleo como azafata en una línea aérea que servía al interior de la República. No quería estar lejos de su familia y por eso no buscó servir en vuelos internacionales. Acaso adivinaba su propio destino. Sucede. Como también ocurre que en los vuelos nocturnos los pasajeros masculinos, apenas se bajaban las luces, se aprovechaban y le acariciaban de paso las piernas, o le miraban con hambre el escote, o, de plano, le pellizcaban una nalga mientras servía las cubas y las cocas. La gota que derramó el vaso (de cuba, de coca) fue el asalto que un gordo yucateco le hizo cuando ella salía del lavabo y él la empujó hacia adentro, cerró la puerta y comenzó a sobarla mientras la llamaba «linda hermosa». De un rodillazo en la panza, Alma dejó al peninsular sujeto sentado en el excusado, sobando, en vez de los senos de Alma, la panza de la guayabera. Alma no presentó queja. Era inútil. El pasajero siempre tenía razón. Al cabezón yucateco no le harían nada. A ella le atribuirían hacerse la confianzuda con los pasajeros y si no la despedían, le cobrarían multa. Por eso Alma se retiró de toda actividad mundana y se instaló en el piso alto de la casa de sus padres con todo el aparato audiovisual que de allí en adelante sería su universo seguro, cómodo y satisfecho. Había ahorrado y pudo pagar los aparatos ella misma.

El hijo. Abel Pagán no terminó la carrera de Economía en la UNAM porque se creyó más listo que los maestros. La mente ágil y curiosa del muchacho buscaba y encontraba el dato oscuro que dejara estupefactos a los profesores. Hablaba con aplomo de las «armonías» de Bastiat y del PIB de la República del Congo, pero si le pedían ubicar en el mapa a la susodicha república o saltar del olvidado Bastiat al muy recordado Adam Smith, Abel se perdía. Había aprendido lo superfluo a costa de lo necesario. Esto lo hizo sentirse, a un tiempo, superior a sus profesores e incomprendido por ellos. Dejó la escuela y regresó a casa, pero su padre le dijo que sólo podía quedarse si encontraba trabajo, que esta casa no era para zánganos y que él, Pastor Pagán, no había tenido la suerte de ir a la Universidad. Abel le espetó que era cierto, con un vago bastaba. El padre le dio una cachetada, la madre lloró y Abel se embarcó en la nave de su dignidad. Salió a buscar chamba. Ansiaba la libertad. Quería regresar triunfante al hogar. El hijo pródigo. Confundió la libertad con la venganza. Acudió a la empresa donde trabajó su padre. La oficina de Leonardo Barroso. Abel se dijo que iba a demostrar que él, el hijo, sí podía con la situación que sacrificó a su padre. «¿Barrosos a mí? ¿Jefecillos autoritarios? ¿Dictadorcillos de escritorio? ¡Qué me duran!» No tuvo que guiñar. Lo recibieron con sonrisas y él se las devolvió. No se dio cuenta de que entre la sonrisa y la mueca mediaba el colmillo. Mucho colmillo. Lo

aceptaron sin mayor trámite. Ni siquiera la facilidad le encendió las antenas. Lo trataban con alfileres, como si temieran que Abel fuese espía de su padre, por lo cual tuvo que demostrar que era enemigo de su padre y esto lo llevó a despotricar contra Pastor Pagán, su debilidad y su holgazanería, su falta de gratitud hacia los Barroso que le dieron trabajo durante más de veinte años. La actitud del hijo parecía agradar a la empresa. El hecho es que le dieron un puesto subalterno de caminante en una tienda de la compañía donde su ocupación consistía en pasearse entre los posibles compradores y los imposibles vendedores, vigilando a unos y a otros, que los primeros no robaran mercancía, que los segundos no se tomaran descansitos. Abel era el elegante gendarme civil de la tienda. Se cansó. Empezó a añorar los tiempos universitarios, la protección de la familia, los ahorros destinados a su educación. Se sintió incómodo, malagradecido. Su propia impertinencia filial, su propia molicie, su ingratitud, se le presentaron como espectros reiterados e inasibles. Sintió que los tapetes del almacén se gastaban a ojos vistas bajo su inútil ir y venir. Hizo amigos. Los mejores vendedores recibían comisiones y aparecían en el boletín de la celebridad semanal. Abel Pagán nunca apareció en el boletín. Su mala fama se esparció. «Sea usted más comedido con la gente, Abel.» «No puedo evitarlo, señor. Siempre he sido grosero con la gente estúpida.» «Oye Abel, ya viste que Pepe apareció en el boletín esta semana.» «Con qué poca inteligencia se triunfa.» «¿Por qué no haces un esfuerzo para salir en el boletín?» «Porque me da igual.» «No seas tan difícil, mano.» «No soy difícil. Sólo asumo la repugnancia que debían sentir todos ustedes, bola de acomodaticios.» «¿Por qué no aceptas las cosas como son y tratas de mejorarlas cada día, Abel?» «Porque todo es como es y yo soy de otro modo.» «Ni quién te entienda, mi cuate.» La vida se iba convirtiendo en un larguísimo pasillo entre la sección de zapatos y la sección de camisas. Entonces ocurrió lo imprevisible.

El padre. Mirando al pasado, Pastor Pagán se preguntó, ¿por qué no fui deshonesto, habiendo podido serlo?, ¿no eran rateros todos?, ¿menos yo?, ¿por qué tuve que hablar con el propio señor Barroso y decirle todos se han enriquecido menos yo, señor?, ¿por qué me contenté con una pitanza —un cheque por cinco mil dólares— que me entregaron para consolarme?, ¿por qué, a partir de ese momento, dejaron de guiñarme?, ¿qué falta había cometido al hablar con el mero mero, el patrón? Pronto lo supo. Al presentarse como el único empleado honrado, implicó que los demás no lo eran. Para Barroso, esto era menospreciar a los compañeros. Una verdadera falta de solidaridad. Y sin solidaridad interna, la empresa no funcionaba. Al ofrecerse como el único empleado por encima de toda sospecha, Pastor incitó la perversa inteligencia de Barroso. Para el patrón, todos eran corruptibles. Ésta era la premisa mayor a todos los niveles en México, del Gobierno a la empresa y de la abarrotería al ejido. ¿Cómo pretendía Pastor Pagán ser la excepción? El jefe Barroso debió reír para sus adentros. Pastor no cometió la falta de pedir tajada, cometió la falta de declararse honrado.

No entendió que a un hombre de poder como Leonardo Barroso no le bastaba con darle una comisión indebida a un empleado menor. Pastor se ofreció de pechito para que su patrón tratara de corromperlo de a de veras. Ahora, retirado a la fuerza con pensión vitalicia, Pastor podía reflexionar a sus anchas sobre los motivos que llevan a cada uno a destruir a los demás. A veces por necesidad, cuando el enemigo es peligroso. A veces por vanidad, cuando es más fuerte que uno. A veces por la mera indiferencia con que se aplasta una mosca. Pero en ocasiones, también, por eliminar la amenaza del débil cuando el débil sabe un secreto que el poderoso quiere mantener en lo oscuro. Pastor Pagán vivía retirado, barajando las posibilidades de su destino, al fin y al cabo, cumplido ya. La verdad es que le devolvieron el chirrión por el palito. Cuando le pidió al jefe ser un militante más en el gigantesco ejército de la corrupción, cometió la falta de acusar a todos mientras se excusaba a sí mismo. Desde ese momento, estaba en manos del patrón, es decir, del poder. Pastor, de allí en adelante, carecería de autoridad moral. Sería un pícaro más. La regla, no la excepción que antes era. ¿Qué hubiera ganado si no le pide nada al jefe? ¿Ser más libre, más respetado, continuar empleado? El día más amargo de la vida de Pastor Pagán fue aquel en que se dio cuenta de que, hiciera lo que hiciese y sin saberlo siquiera, ya era parte de la trama del soborno en el pequeño país de su propio trabajo. Había asistido durante años a la corrupción, llevando y trayendo cheques, aceptando cuentas falsas, guiñando, siendo guiñado, capturado moralmente en ese instante fotográfico en el que un solo ojo se cierra en complicidad y el otro permanece abierto con vergüenza. Pero él había permanecido puro hasta este momento. Se miraba al espejo en busca de una aureola y sólo encontraba una coronilla rala. Proponía reflejos de mártir y le respondían una piel gris, un rostro de mofletes vencidos, mirada esquiva y cejas nerviosas. Erguía el busto y se le desplomaba el pecho.

La madre. El bolero nos propone amantes. Algunos son fatales. Viven esperando que cambie la suerte o venga la muerte como bendición. Otros, nostálgicos: como el ave errante viviremos, con la añoranza del amor. Los hay limosneros de cariño: la mujer amada se lo llevó todo y lo dejó solo. Hay boleros derrochadores de pasión: quieren libar la boca de miel de la mujer y de paso embelesarse con su piel. Hay boleros dominadores que imponen el calor de su pasión. Elvira Morales cantaba todos estos sentimientos pero se los guardaba en el pecho y por eso los comunicaba con tamaña fuerza. Evitaba mirar a quienes la escuchaban, noche a noche, cantar en La Cueva de Aladino. Hizo una sola excepción afortunada. Algo mágico, misterioso, debió guiar su mirada mientras cantaba Dos almas deteniéndose en el hombre que, a su vez, la veía con ojos distintos a todos los demás. Habituada a negar la correspondencia entre la letra de los boleros y la presencia de los hombres que la escuchaban, esta vez sintió que la canción y la persona coincidían mágicamente: «Dos almas que en el mundo había unido Dios, dos almas

que se amaban, eso éramos tú y yo». Un hombre tierno: eso es lo que decían los ojos del espectador aislado de la sombra nocturna del cabaret por un spot parejo al que destacaba el rostro de luna de Elvira Morales, sus hombros desnudos y redondos, la luz detenida en el escote del vestido de lentejuela roja, dejando todo lo demás en la penumbra del misterio. ¿Cómo se iluminaron esa noche, sólo dos rostros, el de Elvira Morales y el de un hombre desconocido? ¿Quién manejaba los reflectores esa noche, sino Dios mismo, o un arcángel en misión divina? El hecho es que Elvira, por vez primera desde que salió del hogar y empezó a cantar, sintió que un hombre merecía su voz, entendía sus letras, encarnaba su música. Esto sólo duró un instante. Al terminar la canción y encenderse las luces, Elvira Morales buscó en vano al hombre divisado mientras ella cantaba. ¿Habría sido un espejismo, una extraña proyección del bolero en la realidad? No. El lugar estaba allí, pero el asiento estaba vacío y cuando lo ocupó una pareja recién llegada, ella supo que el hombre que capturó su atención había estado antes allí y que si se había marchado, ella seguía allí y él sabría dónde encontrarla de nuevo. Si es que quería volverla a ver.

La hija. Desde el momento en que decidió encerrarse en el tercer piso de la casa paterna, Alma Pagán había decidido también su nuevo —y permanente— estilo de vida. Sentía repulsión cuando se recordaba fría como una estatua en las conferencias y actos de beneficencia o cuando se recordaba manoseada, pellizcada, insultada en los vuelos México-Mexicali o México-Mérida. No culpó a nadie sino a sí misma. Su cuerpo era el reo. Guapa, deseable, corrompible. Sólo ella era responsable de encender la lujuria machista. Se castigó a sí misma. Abandonó el uniforme aéreo y adoptó el estilo propio del destierro interno. Keds, bluejeans, playeras y a veces sudaderas de la Universidad de Kokomo, Indiana. Un sempiterno gorro de beisbol de los vetustos Jaibos de Tampico. No era la apariencia lo importante, aunque bastaba verla para no deseirla. Lo importante era que, aislándose de un mundo hostil y desagradable, Alma entraba de lleno a un mundo de acción y excitación, de emociones vicarias, de interminable accidente y todo ello sin consecuencias físicas para ella. El mundo del *reality show*. Pagó una suscripción para recibir periódicamente los mejores programas sobre estas situaciones de la vida real en las que hombres y mujeres jóvenes y vigorosos participan en aventuras audaces, concursos constantes, premiaciones selectas... En estos momentos, a la mitad de la historia, Alma sigue con atención casi estrábica el inicio de la aventura de un grupo de cuatro parejas que deben disputarse los tres primeros lugares en un viaje lleno de obstáculos. La odisea se inicia en Ciudad Juárez y termina en Tapachula. O sea empieza en la frontera con los USA y acaba en la frontera con Guatemala. Los concursantes deben competir salvando impedimentos para llegar en primer, segundo o tercer lugar a la meta. La pareja que llegue en último lugar queda eliminada. La pareja triunfadora se hace acreedora de una semana en el barco de lujo turístico *Sirens of the Sea*. Los segundos y terceros reciben las gracias y un DVD sobre

alpinismo. Ahora Alma observa la salida de las cuatro parejas en el puente internacional entre El Paso y Ciudad Juárez. Resulta que cuatro de los concursantes son gringos y los otros cuatro nacolectos. La primera pareja gringa la forman dos hombres jóvenes, Jake y Mike, esbeltos y guapos, como si hubieran nacido para el estrellato *reality*. La segunda son dos mujeres, una negra (Sophonisbe) y otra blanca (Sally). En cambio, las parejas nacionales son hombre y mujer como para evitar sospechas homosexuales. En ellas figuran dos jóvenes flacos y chaparritos, Juan y Soledad, y dos viejos entecos y curtidos, Jehová y Pepita. Los norteamericanos visten *t-shirts* y calzón corto. Los mexicanos jóvenes vienen ataviados de tarahumaras, o sea pierna desnuda, huipil bordado y pañoleta roja amarrada a la cabeza. Los viejos andan vestidos como la propia Alma Pagán. A ella le shoquea que los más rucos se apropien del atuendo de los más jóvenes. ¿Ya no hay diferencia de edades? Puede que no. Pero lo más interesante es que la carrera de frontera a frontera se inicia en la de México con los Estados Unidos, o sea que los concursantes salen corriendo de la frontera que millones de mexicanos quisieran cruzar para encontrar trabajo en el norte próspero. Y acaban en la frontera de México con Guatemala, o sea la línea divisoria entre dos miserias que los centroamericanos pobres cruzan a escondidas para llegar a los Estados Unidos. Esta paradoja no escapa a Alma. Es parte de su educación. Empieza a sentir que el *reality show* es la universidad que ella no tuvo. La realidad vicaria. La emoción sin IVA. El desplazamiento sin peligro. Alma encuentra su realidad. Ya no tiene por qué aventurarse y salir al mundo hostil y degradante. Gracias a la red, el mundo estaba a su alcance, ella sentía que ahora pasaba a formar parte de una tribu instantánea, conectada a redes virtuales, estimulada por el universo audiovisual y sobrestimulada por la tentación de entrar en contacto con otros nautas como ella. Pero aún no se atrevía a chatear.

El hijo. Leonardo Barroso era un hombre de poder porque no descuidaba los detalles. Su mirada de águila descendía velozmente del manejo de acciones en la Bolsa de Hong Kong a la vida y milagros del más modesto de sus empleados. Abel Pagán se situaba a medio camino entre una inversión billonaria y el sueldo de un portero. Barroso se fijó en él desde que el joven pidió chamba y estúpidamente anunció que venía a degradar a su padre. Con toda intención, Abel fue enviado a vigilar pisos de almacén. Sólo para ablandarlo y demostrarle quién mandaba en esta compañía. Quién era «el mero mero». Por eso fue tan sorpresiva la llamada a presentarse al despacho del jefe, don Leonardo, y recibir la propuesta perentoria. El hijo haría lo mismo que el padre, durante veinticinco años, había hecho. Recibir cheques de la contaduría, llevar cheques al banco. No hacer preguntas. Era un puesto de confianza. Don Leonardo guiñó: Abel debía aprender a guiñar. Guiñale al director del banco. Guiñale al cajero. Guiñale al chofer. Guiñale a todo el mundo. «Todos te entenderán, porque eso hacía tu padre. Tú nomás di: Me llamo Pagán y me manda don

Leonardo. Todos te entenderán. Pero no se te olvide guiñar. Es la seña de complicidad. Si no te devuelven el guiño, tú mejor sospecha y retírate.» Abel se debatió un rato entre la satisfacción y la duda. Barroso confiaba en él. Pero también lo manipulaba. Y sobre todo, lo insertaba en una secuela de actos desconocidos en la que el trabajo del hijo era continuación del trabajo del padre. Ciegamente, el joven decidió correr la suerte. Después de todo, había escalado del mostrador a la gerencia en menos de lo que canta un gallo. Contaba con la confianza del *boss*. Le aumentaron el sueldo. Tomó un apartamento muy pequeño encima de una tienda de vestidos de novias en Insurgentes. No tardó en rebasar su sueldo con las exigencias de su estatus. Las chamacas comenzaron a buscarlo y no podía recibirlos en un apartamento desvencijado por los temblores. Se mudó al Hotel Génova en la Zona Rosa y folló con puntualidad aunque sin el gusto de la conquista. Sabor. Las muchachas se le ofrecían insinuantes (sospecha) y cogían como por órdenes. ¿De quién? Abel comenzó a sospechar más. Los gastos iban en aumento. El trabajo también. Y al cabo, las frustraciones. Abel vivía como un autómatas. Tenía la mesa puesta. No necesitaba esforzarse. La medida de su ambición era constantemente frustrada por la abundancia de su éxito. Le daban trato de «Don» en el hotel. Le tenían reservada una mesa permanente en el restorán Bellinghausen. Le dieron crédito para ropa en Armani. Le entregaron un BMW colorado «por órdenes de don Leonardo». Las chamacas, toditas ellas, fingían torrenciales orgasmos. En el baño, le suplían la colonia, el jabón, la pasta de dientes y el champú sin necesidad de pedir. Hasta condones color de rosa con elefantitos pintados le pusieron en el buró. Fiel a sus orígenes y temperamento, Abel sintió que tenía aspiraciones más altas —llámenlas ustedes independencia, expresión personal, voluntad libérrima, quién sabe— y que su posición en Barroso Hermanos no las satisfacía del todo. También se percató de que su trabajo era ilusorio. Que sin la venia de Barroso su mundo se vendría abajo. Todo se lo debía al jefe, nada a su propio esfuerzo. Tonto no era Abel Pagán. Entender esto empezó a amargarlo. Comenzó a sentir una urgencia vital de probarse a sí mismo. No depender de Barroso. No ser criado de nadie. ¿Acaso él, el joven, no sabía más que los adultos (los Barroso o los padres)? ¿Acaso no podía ocupar su propio lugar, un lugar independiente, en el mercado? Miró cuanto le rodeaba —suite de hotel, viejas a granel, restoranes caros, coches de lujo, ropa de Armani— y se dijo que él mismo, sin ayuda de nadie, merecía todo esto y podía conseguirlo por sus propias pistolas, tripas y tompiates. Empezó a ansiar una libertad que su posición le negaba. ¿Con qué contaba para ingresar con autonomía al mercado del trabajo? Contó sus canicas. Eran muy pocas y bastante descoloridas. Todas decían: «Propiedad de L. Barroso». Quería afirmarse, con desesperación. Se dejó crecer el pelo y se lo amarró con una liga como cola de caballo. No pudo ir más lejos. Quería vivir otra realidad, no la de sus padres. Tampoco quería la de sus contemporáneos. Le causaba náuseas que alguien en la oficina le dijera, «Ya la hiciste, Abel» y los más vulgares, «Viejas, lana, la protección del patrón, ya chingaste, qué más quieres, ¿quieres más?». Sí, quería más. Entonces todo empezó a cambiar. Poquito a poco. Así era.

Abel tenía un trabajo seguro en un mundo inseguro. Era listo y se daba cuenta de que la empresa crecía y se diversificaba la producción mientras que el trabajo se reducía. Se podía producir más y trabajar menos: ése era el asunto, se dijo Abel. Pensaba todo esto y se sentía protegido, privilegiado. Y sin embargo él quería más. Entonces todo empezó a cambiar. Anularon su tarjeta de crédito. Las putillas ya no lo visitaban. La oficina ya no le pasaba cheques. Ya no hubo guiños. Lo abandonaron en una oficinita oscura sin luz ni aire, casi una profecía de prisión. Al cabo, lo despidieron. Desconcertado por no decir atolondrado, Abel Pagán se encontró de la noche a la mañana en la calle. ¿No era esto lo que deseaba? ¿Independizarse, primero de su casa, después de su patrón? Seguro, sólo que quería hacerlo por sus pistolas, no por voluntad ajena. Barroso le dio un destino y ahora se lo arrebatava. Abel imaginaba al patrón relamiéndose de gusto. De manera que habiendo humillado al padre, ahora le tocaba humillar al hijo. Abel se sintió como el cordero de los sacrificios, listo para ser trasquilado. ¿Qué se proponía Barroso?, se preguntó Abel. ¿Poner a prueba la fidelidad del padre poniendo a prueba la honestidad del hijo? Abel se miró las manos manchadas por más cheques que las patas de una cofradía de arañas. «No se vale», murmuró. Se sintió al garete, vulnerable, sin rumbo. Se sintió prescindible y humillado. Sintió que su esfuerzo no había sido compensado. ¿No merecía, por méritos, mejor empleo por tener más educación? ¿Por qué la cosa era al revés? Algo andaba mal, muy mal. Ahora, ¿qué iba a hacer? ¿Por dónde empezar de nuevo? ¿Qué había hecho mal? Se armó de coraje y exigió una cita con don Leonardo Barroso. Se la negaron. En cambio, la secretaria del jefe le entregó un sobre. Adentro había un cheque por cinco mil pesos y una sentencia en latín: *Delicta maiorum immeritus lues*. Un profesor de la Universidad tuvo la amabilidad de traducírsela. «Aunque no seas culpable, deberás expiar los pecados de tu padre.»

El padre. Pastor Pagán era un hombre bueno y recibió con dignidad al hijo pródigo. Lo conmovió la vanidad herida de Abel y para evitar un asomo de enojo puso ojos perdidos, aunque sin lágrimas, al abrirle los brazos. Era mejor proceder como si no hubiera pasado nada. Mirar hacia adelante. Jamás hacia atrás. Se dio cuenta de que el hijo, igual que el padre, ya no tenía grandes recursos para hacerle frente a nada. El regreso de Abel los igualaba. Pensar esto preocupó mucho al padre. ¿Debía preguntarle directamente a Abel: ¿Qué pasa? ¿No decirlo implicaba que imaginaba lo sucedido? ¿Decirlo abría las puertas a una confesión en la que el pasado vendría a infectar para siempre al presente? Abel le dio la clave. Un mes después de su regreso al hogar, tras treinta días de disimular que no había ocurrido nada fuera de lo normal porque lo normal era lo fatal, Abel pensó que si iba a quedarse a vivir para siempre con sus padres y su hermana, lo mejor era decirles «la verdad es que no estaba listo para esa posición». Que era la antigua posición del padre. Estas palabras del hijo confundieron y asolaron al padre. Pastor Pagán no dijo nada. Se refugió en las ruinas de su

orgullo sólo para comprobar que el regreso de Abel significaba que ni el padre ni el hijo dominaban sus propias vidas. Pastor carecía de energía. Abel tampoco tenía voluntad. Cuando el padre se dio cuenta de esto, empezó a sacar temas indirectos para ver si podía, al cabo, decirle la verdad a su hijo. Una noche se emborracharon en una cantina por el rumbo de La Piedad y, al calor de los alipuses, Pastor creyó que se rompía el hielo —el iceberg que los años habían construido entre padre e hijo— y se atrevió a suspirar: «La diosa del éxito es una puta». A lo cual Abel, por primera vez en mucho tiempo, le contestó «Seguro». «Para tener éxito, se necesitan perdedores. Si no, ¿cómo sabes que te fue bien?» «Seguro, por cada éxito tuyo, le tiene que ir mal a otra persona. Es la regla del juego.» «¿Y qué pasa cuando primero te va mal y subes y luego te va mal y caes?» «Te vuelves filósofo, mijo.» «O cantas canciones en las cantinas, pa.» Cosa que procedieron a hacer, ya bastante alumbrados. «La que se fue.» No una mujer. La suerte es la que se fue. La fortuna es la que se largó. Se abrazaron los dos aunque pensaron cosas distintas. El padre temía que Abel se hundiera en el rencor y no supiera cómo salir de él. El hijo hacía listas étlicas de los errores que había cometido y seguía cometiendo. «¿Cuántos errores he cometido hoy?», le preguntó con la lengua gruesa a Pastor. «Huuuy, no cuentes errores, hijo, porque es el cuento de nunca acabar.» «¿De qué te arrepientes, pa?» Pastor contestó a carcajadas: «De no haber comprado de joven una pintura de Frida Kahlo por dos mil pesos. ¿Y tú?». «De recibir cosas que de plano no merecía.» «Anda, no te me pongas melancólico. Tú llegaste con la mesa puesta.» «Eso es lo malo.» «Tú no tuviste que ahorrar de joven sólo para perderlo todo con la inflación y las devaluaciones de la moneda...» «¿Por eso te entregaste a Barroso, pa?» «No me chingues, hijo, respétame, yo trabajé un cuarto de siglo para darles techo y educación a mis hijos. No averigües cómo lo hice. Más respeto. Más gratitud.» «Es que lo único que quiero saber es si a usted le fue tan mal como a mí.» «Peor, hijo, peor.» «Cuénteme.» «Mira Abel, no mires hacia atrás, vamos a mirar paradelante...» «Lo malo es que estoy viendo doble.» «¿Qué cosa?» «Lo veo doble a usted, como si fuera dos gentes.» «Estás cuete.» «Quién sabe. De repente estoy más sobrio que nunca.» «Anda, acábate el tequila y vámonos a casa. Nuestras viejas nos esperan. Deben andar preocupadas.»

La madre. Elvira Morales decidió no perder la alegría. Se propuso celebrar cada día aquel encuentro, hacia treinta y tres años, en La Cueva de Aladino. Ella cantaba. Él sabía dónde encontrarla siempre. Ella no se iría. Y él regresó. Se casaron y fueron felices. En esta frase quería Elvira resumir su existencia. Que los pleitos fueran embrionarios siempre, las diferencias disimuladas y todo lo demás resuelto con romanticismo, cada vez que hubiera nubes en el horizonte, regresando a bailar juntos en el cabaret. El cabaret había sido la cuna del amor y en él, Elvira sentía que se renovaban los jugos del cariño. Pastor Pagán volvía a ser el galán de sus sueños. La encarnación de un bolero sin lágrimas ni quejas aunque sí lleno

de suspiros, Elvira dejaba de ser mártir del destino del marido. Cuando se sentía atrapada, regresaba al bolero y entonces su matrimonio se tambaleaba. Todo el sentido de su vida consistía en dejar atrás las letras de las canciones y anularlas con una realidad en la que la porción de felicidad era más grande que la parte de desgracias y por eso, cuando algo entorpecía el matrimonio feliz que era el sacramento de Elvira, el altar de su espíritu, ella invitaba a su marido a bailar, regresar al cabaret, a lo que ahora llamaban «antros» y allí bailar muy apretaditos, muy juntitos, sintiendo cómo volvían a fluir las savias de la ilusión. Abel, de jovencito, se reía de estas excursiones nostálgicas. «Y retiemble en sus antros la tierra», decía parodiando a su autor favorito, Gonzalo Celorio. Pero los hijos, al cabo, agradecían estas ceremonias de la fidelidad renovada porque traían la paz al hogar y daban margen al cuestionamiento de la posición de los hijos en el mundo: dentro o fuera del hogar. Elvira se daba cuenta de que cada vez más los hijos se quedaban en casa más allá de los treinta años o regresaban a ella a la edad de Cristo, como su hijo Abel, o se disponían a envejecer en el hogar, como Alma encerrada en su periquera. Todo ello sólo reforzaba la convicción de Elvira Morales. Si los hijos eran alambristas en el circo de la vida, los padres serían la red de seguridad que recibía sus caídas y les impedía morir estrellados. ¿Era ésta la verdadera razón de la conducta de Elvira, por eso perdonaba errores, por eso atizaba la llama sagrada del amor con su marido, por eso olvidaba todo lo peligroso o desagradable, por eso guardaba tan bien los secretos? ¿Porque la vida no es un bolero? ¿Porque la vida debe ser una balada sentimental que arrulla, un idilio secreto, una maceta que se seca si no la regamos? Por eso ella y su marido iban juntos a los bares de antes y a bailar en cabarets. A recordar lo que no se olvida identificando sin cese a la felicidad. La añosa madre de Elvira murió mientras la hija cantaba boleros en La Cueva de Aladino, la noche en que identificó a Pastor Pagán sin saber que la achacosa mamá había fallecido. Así es la baraja del destino. Y el destino es reversible, como un abrigo que sirve contra el frío de un lado y del otro protege contra la lluvia. Por eso Elvira Morales nunca dijo «Pero eso era antes». Por eso siempre diría «Ahora. Ahoritita. Ahorititita».

La hija. Las dos mujeres americanas (Sophonisbe y Sally) no pasaron de Ciudad Juárez. Durante el primer día de la carrera, desaparecieron y luego fueron encontradas muertas en una zanja cerca del Río Grande. Hubo que convocar de prisa a dos vecinos de El Paso, Texas, para cumplir con las bases del concurso. Ninguna pareja gringa se atrevió a cruzar el río. Los organizadores se resignaron a reclutar a un par de mexicanos dispuestos a todo con tal de ganarse un viaje por el Caribe. En sus ojos estaban ya las palmeras borrachas de sol y quedaban atrás los desiertos de huizache y víboras cascabel. Porque la aridez del norte de México era parte de la prueba para ganar. Los concursantes del *reality* iban recibiendo órdenes escritas en sobres de manila. Ahora deténganse a recoger tunas o a empacar sarapes. Son libres. Escojan. ¿Qué es más

rápido? No importa. Ahora hay que atravesar el desierto montados en burros rejegos. Ahora hay que tomar un tren a la altura de Zacatecas y los que lo pierdan deberán esperar al siguiente y retrasarse. Hay que recuperar el tiempo perdido ¿cómo? Abordar un camión desvencijado que entra a una carretera de montaña. Los gringos gritan de júbilo en cada curva mortal. Los mexicanos guardan un silencio estoico. Lo pierden cuando deben dejarse arrastrar por una yunta de bueyes a lo largo de un estero de lodo. Sobreviven. Los mueve el deseo de ganar. A cada pareja la persigue la siguiente. Cada una pisa la cola de la precedente y anuncia el jadeo de la que sigue. Hay que entrar a un redondel con un pañuelo rojo (cortesía de la casa) y torear a un becerro desorientado porque desayunó corn flakes. Otra vez, los dos gringos toorean jubilosamente dando gritos de guerra apaches. Las mujeres mexicanas se abstienen. Los hombres —el viejo Jehová, el flaco Juan— hacen pases más dignos que el atarantado becerro mafufo. Ya andan por el centro de la República. Hay carteles, hay colores, hay instrucciones. Deténganse aquí. Duerman donde les cuadre. A la intemperie. Sobre la banqueta. Como puedan. Al día siguiente, todos deben recoger a paletadas los excrementos de una ganadería poblana. Se quejan, huele mal. Pepita se cae. Traga mierda. Un gringo se cae. Traga mierda. Declara que esto es muy sexy. Las mujeres se acarician las tetas como para comprobar que siguen enteras. Se suben todos a un camión rumbo a Oaxaca. Aparece otro camión en sentido contrario. ¿Morirán todos? Alma Pagán apaga la televisión. No quiere saber qué pasa. No quiere que la violencia interrumpa, acaso para siempre, no su segunda sino su auténtica vida, la existencia que le otorga, gratuitamente, sin peligro para su persona, el *reality show*. Ella prende el aparato para entrar al peligro de la calle. Aunque viéndolo bien, la pantallita la salva del peligro dándole aquí mismo, sin tocarla, en su casa. Se siente viva, estimulada. Deja de saberse vulnerable. Ha entrado, a su manera, al paraíso.

El hijo. ¿Por qué regresó, como un miserable pedigüeño, a pedir de nuevo chamba con Barroso? ¿De tal manera le afecta la resaca moral de la noche con su padre en la cantina de La Piedad? ¿Vio por primera vez al padre? ¿O se vio por última vez a sí mismo? ¿Por qué sabía más que los padres pero no tenía un lugar seguro en el mercado? ¿Lo venció la burla, la irresistible tentación de reírse de sus padres? Ella cantaba boleros. Ella creía que bastaba vivir lo contrario de la letra de la canción para ser feliz. Ella no se enteraba de que vivía en un falso mundo de ensueño. Ella creía en las letras. ¿Por qué dejó de cantar? ¿No se dio cuenta de que el sacrificio no valió la pena? Cambió el oro de la carrera independiente por la morralla de la vida conyugal. Fue la esclava sentimental del bolero y se convirtió en la mártir del hogar. Jamás escapó del bolero. Qué ridículo. Cantaba en La Cueva de Aladino. Aladino no tenía cueva. Tenía lámpara. El de la cueva se llamaba Alí Babá. Viejos ignorantes. Qué vida más jodida. Escuela para los hijos. Asilo para los viejos. ¡Ni aguas! Sin embargo, hay ratos en que lo domina la emoción, sobre todo cuando su vanidad es obsequiada por los

arrullos sempiternos de su madre acariciándole la frente y describiéndolo qué guapo es mi hijo eres mi hijo tu frente amplia tu pelo negro y rizado tu piel color carne de mamey trigüeña y sedosa tu perfil de rey de bastos, de emperador romano, así dicen, una nariz sin caballete tu boquita chiquita pero carnosa, esa mueca que te traes hijo como desafiando a un mundo que no te gusta, la tensión que te traes de gallito en toditito tu cuerpo, así eras de niño, así eres de grande, dime, ¿quién te admira más que yo? Y la hermana le crispa los nervios. Qué fácil es encerrarse con una *laptop* en un universo imaginario seguro incontaminado sin polvo de estrellas ni olores ofensivos. Y el padre, el peor de todos, el gran sacerdote del engaño, un hombre capturado en la mentira... Y él mismo, Abel Pagán, ¿seguía teniendo aspiraciones? Y si las tenía, ¿las iba a cumplir algún día? ¿Y dónde se iba a «realizar» mejor? ¿Al abrigo del hogar, a los treinta y dos años de edad, o en el desamparo de la gran avenida, a sabiendas de que sus ínfulas, por muy chiquitas que fueran, iban a exigirle cada vez más esfuerzo? ¿De qué convicción se iba a armar para salir de la comodidad gratuita de la casa y regresar al mundo? ¿Iba a decirse a sí mismo: Deja de cavilar, Abel Pagán, el futuro ya llegó, se llama el presente? ¿O mejor todavía, voy a aceptar todo lo que fuimos para mejorarlo cada día más? ¿Cómo se rechaza el pasado sin renegar del porvenir? ¿Cuál sería el precio de sus dos rebeliones, la insurrección contra la familia y la revuelta contra la oficina? ¿Sería capaz de negar la realidad para ponerla a la altura del deseo? ¿Podría olvidarse de todo lo que se oponía a la vida ideal de Abel Pagán, favorito de la suerte? ¿O debería someterse a cuanto le negaba una vida feliz o sea autónoma libre sin obligación de sujetarse a la familia o a la gerencia? Tenía que escoger. Escribía en secreto frases desesperadas a fin de obtener alguna luz. Vamos destruyéndonos para alcanzar lo irrealizable. No basta estar contra los padres para ser hijo. No basta estar contra el jefe para ser libre. Necesito cambiar. No puedo separarme de mi vida. A mi familia no le importa el olvido. No le importa que en medio siglo nadie los recuerde. A mí sí. A mí sí. ¿Qué hago? ¿Quién me recordará? ¿Cómo araña la pared?

El padre. No fue que se le subieron las limonadas en la cantina. Fue que por primera vez se sintió amigo de su hijo. Fueron cuates. Fue que quizás no habían tenido ocasión de platicar antes. Fue que acaso no volverían a tener oportunidad de hablarse con franqueza. Fue que había llegado la hora de hacer el balance de la vida, de la historia, del tiempo vivido. Somos hijos de una revolución desdichada, le dijo Pastor a su hijo que lo miró con incertidumbre y sospecha y un como lejano olvido cercano a la indiferencia. ¿Cuál revolución? ¿De qué hablaba su padre? ¿De la revolución tecnológica? Pastor sigue adelante. Piensa que hicimos muchas cosas mal hechas porque perdimos las ilusiones. El país se nos fue de las manos, Abel. Como que se nos rompieron los lazos que nos unían a todos. Al cabo, se trata de sobrevivir, nada más. Cuando tienes ideales, no te importa si sobrevives o no. Te la juegas. Ahora ya no hay vínculos. Los

rompió el olvido, la corrupción, el engaño, el guiño. El guiño en vez del pensamiento, en vez de la palabra, el guiño lépero, Abel, la seña de la complicidad de todos y entre todos y para todo. Mírame y contempla la tristeza de un sobreviviente. Trabajé mucho para sentirme hombre moral. Hasta darme cuenta de que en México lo único moral es hacer fortuna sin trabajar. Yo no, hijo. Te juro que toda mi vida me limité a cumplir el trabajo que me encargaban. Aligerar trámites. Tramitar licencias. Rebajar cargas fiscales. Llevar y traer cheques, fondos, depósitos bancarios. ¿Qué esperaba a cambio? Un poco de respeto, Abel. No la condescendencia. No el guiño del rufián. Yo demostré que era un hombre correcto. Era cortés con los superiores. Sin ser obsequioso. ¿Cómo no iba a notar que los pillos, los lambiscones, los nalgapronta, ascendían muy rápido y yo no? Yo parecía destinado a hacer siempre lo mismo, hasta jubilarme. Veinticinco años de honradez me costó llegar a un instante de mendicidad. Porque una concesión de contrato por cinco mil dólares no es un delito, hijo. Es una debilidad. O una limosna. O sea, una pendejada existencial, como quien dice. Entonces supo Barroso que yo también tenía precio. Noté el brillo cínico y sagaz de sus ojos. Yo era igualito a los demás. Nomás me había tardado tantito más en caer. Ya no era su empleado honesto y confiable. Era sobornable. Era del montón. ¿Qué hacer con un pillo de nuevo cuño, eh? Supe en ese cruce de miradas que mi destino y el de mi jefe se juntaban sólo para sellar un pacto cómplice en el que él ordenaba y yo callaba. No tuvo que decirme «Me desilusiona, Pagán». Él sabe hablar con un movimiento de los párpados. Es lo único que mueve. No las cejas, ni la boca, ni las manos. Mueve los párpados y te condena a la complicidad. No tuve que hacer nada para sentir que mi pobre éxito —cinco mil dólares de limosna— era mi gran fracaso, hijo. Plato de lentejas, cómo no. En ese instante me sentí obligado a querer en realidad todo lo que antes dije despreciar. Sentí repugnancia hacia mí mismo. Te lo confieso con toda franqueza. También supe que debía ocultar lo ocurrido. Eso me dio aún más vergüenza. Y que tarde o temprano pagaría mi debilidad ante el poder. «No se preocupe, Pagán», dijo con voz metálica y dulzona a la vez Barroso. «Para ser buenos, hay que ser oportunos.» No era cierto. Yo sólo podía hacerle frente a la vida porque no toleraba la trampa. No me resigné a ser culpable. Ése fue mi error. Si no inocente, sería al menos tan malvado como ellos. Un juego del gato y el ratón. Nomás que el gato era un tigre y el ratón un manso cordero. No tuve que amenazar a nadie. No tuve que decir una palabra. Tuve que soportar las consecuencias de actos que yo creía honrados y que no lo eran. No entendí el valor de un guiño. No entendí el precio de un soborno. Pero apenas se dio cuenta de que yo era vulnerable, Barroso decidió destruirme para que no convirtiera mi debilidad en peligro para él. Cada uno —Barroso y yo— pensó por su cuenta. Yo entendí lo que me sucedía. Barroso lo supo siempre y por eso se me adelantó. «Mire, Pagán. Hay un delito penal que se llama administración fraudulenta. Consiste en realizar operaciones perjudiciales al patrimonio del titular en beneficio propio o de terceros. Consiste en obtener lucro como consecuencia directa del otorgamiento de documentos

nominativos, a la orden o al portador, contra persona supuesta. Por ejemplo, vender a dos personas la misma cosa. Alterar cuentas o condiciones contractuales. Declarar gastos inexistentes.» Se me quedó mirando, te digo, como un tigre que te encuentras súbitamente en la selva, un animal salvaje oculto hasta ese momento, aunque previsible... Tú sabes que estaba allí, que siempre estuvo allí, pero creías que no te atacaría, que te miraría de esa manera a la vez dulce y amenazante propia de los felinos, aunque luego desaparecería de nuevo en la espesura. Esta vez no. «O sea», continuó el jefe, «es usted culpable de fraude contra esta compañía y en beneficio propio». Pude balbucear que esto no era cierto, que yo me había limitado a seguir instrucciones. Que mi buena fe estaba fuera de toda duda. Barroso meneó compasivamente la cabeza. «Amigo Pagán. Acepte usted la oferta que le hago en beneficio suyo y mío. Su secreto está a salvo conmigo. No voy a investigar de dónde sacó usted los cinco mil dólares que constan en su cuenta bancaria.» «Pero si usted me los dio, señor.» «Pruébelo, Pagán. ¿Dónde está el recibo?» Hizo una pausa y añadió: «Voy a pensionarlo. Una pensión vitalicia. Tiene usted cincuenta y dos años. Prepárese a vivir tranquilo, con un sobre seguro cada mes. No hace falta recibo. No hace falta contrato, faltaba más. Diez mil pesos ajustados a la inflación. Acepte y ahí muere el asunto». Hizo una pausa melodramática, muy propia de él. «Rehúse y el que muere es usted.» Sonrió y me dio la mano. «¿O qué prefiere? ¿Estar libre y animoso o encarcelado veinte años? Porque su delito conlleva, sépalo, de cinco a diez años de cárcel. Unos diez más de copete me los deberá a mí y mis influencias.» Sonrió y su sonrisa desapareció al instante. Mira mi mano, hijo. De eso hemos vivido desde entonces. Con los debidos ajustes para la inflación.

La madre. Él sabía dónde cantaba Elvira Morales y podía encontrarla siempre. En el show de las once en el cabaret La Cueva de Aladino. ¿Regresaría? ¿O no lo volvería a ver? Mirando con serenidad al pasado, Elvira Morales calculó siempre que el anónimo espectador que había compartido las luces blancas con ella una noche regresaría a oírla y se atrevería a saludarla. Ella guardaba para sí la imagen de un hombre alto, robusto, de incipiente calvicie compensada por largas patillas y bigote peinado. Aunque también era posible que nunca más regresara y todo fuese un espejismo en el gran desierto gris de la colonia Cuauhtémoc. El hecho es que él sí regresó, cruzaron miradas mientras ella cantaba *Dos almas* y, en contra de su costumbre, bajaba del pequeño escenario entre los aplausos y se dirigía al hombre que la esperaba en la mesa 12A. Pastor Pagán. «¿Bailamos?» En su fuero interno ella se había hecho una apuesta. Este hombre parece arrogante porque es tímido. Por eso ahora, treinta y tres años más tarde, cuando Elvira sentía que crecía el segundo desierto, el de la vida matrimonial, continuaba la canción a sabiendas de que Pastor, al escucharla, la invitaría a bailar esa misma noche. Ya no había cabarets populares como los de antes. La vida de la ciudad había roto los perímetros de antaño. Nadie se aventuraba a las colonias peligrosas. Los jóvenes se

iban lejos, a la periferia citadina. Los viejos frecuentaban, más seguros, los salones de salsa en la colonia Roma, donde todo era tan confiable que hasta se podía subir al escenario a demostrar las habilidades danzantes. Ésta era la morada de ellos, aunque Elvira y Pastor sólo se paraban a bailar los boleros más lentos y melancólicos. Oye. Te digo en secreto que te amo de veras. Que sigo de cerca tus pasos aunque tú no quieras. Entonces, abrazados, en la pista, bailando como cuando se conocieron, ella podía cerrar los ojos y admitir que cuando renunció a la carrera y aceptó casarse fue para hacerse indispensable en casa. Si no, no valía la pena. Para ser indispensable, descubrió al poco tiempo (ahora no, ahora baila de cachete con su marido) que, liberada de la profesión, era libre para llevar la letra de las canciones a la vida privada. Se dio cuenta, con una amarga sorpresa, de que el bolero era la verdad. En el cabaret, ella cantaba lo que no vivía: la tentación de la maldad. Ahora, en el hogar, las letras regresaban casi como una imposición, una regla. Di que no es verdad, Elvira. Di que no te llegué a querer por una secreta desesperanza, que no convertí el repicar de campanas nupciales en preludio de un vacío tan profundo que sólo lo puede llenar la pobre tiranía del hogar. Dar órdenes. Ser obedecida. Nunca ser sometida. Esconder la probable melancolía. Sepultar el indeseable desasosiego. Idear estrategias matrimoniales para que él nunca le dijera lo que ella más temía: «Ya no somos como antes». Nunca lo dijo. Iban a los bares con la ilusión de que no había «antes» nunca sino siempre puro «ahorita». Ella cantaba siempre y él sabía dónde encontrarla. Siempre. Ella no se iría. «Tiene usted una voz emocionante.» Bigote. Patillas. Calvicie incipiente. Atributos de macho. «Gracias, caballero.» Tenía esa voz emocionante como cantante, cierto. Como mujer y madre, sintió que la voz sentimental se le iba transformando poco a poco en otra cosa difícil de describir en voz alta. En su alma, ella acaso podía decirse —bailando muy pegadita con su galán de antes y de ahora, de siempre, su hombre Pastor Pagán— que en vez del martirio de mujer propio del bolero, ahora ella sentía la tentación de identificarse con la esposa y madre que da órdenes, por muy pequeñas que éstas sean. Y es obedecida. Esto a Elvira Morales le produce melancolía y perturbación. No acaba de entender por qué no acepta la simple tranquilidad del hogar o más bien, aunque la acepte, siente la atracción hacia la desdicha que la canción entraña, aunque al cantarla no hay que vivirla y al dejar de cantarla se cae en la acechanza de darle vida. «No me reconozco», le dice Elvira al oído a Pastor cuando bailan juntos en el antro. No sigue su razonamiento. Sospecha que ni él ni nadie la entenderían. Ella jamás diría: «Me arrepiento. Debí seguir mi carrera de cantante». Tampoco diría algo tan melodramático como «Una madre y esposa requiere veneración». Jamás diría semejante cosa. Ella prefería, de tarde en tarde, declarar su amor. Decírselo a su marido, a sus hijos Alma y Abel. Los hijos no le devolvían la frase. En sus hombros encogidos, en sus miradas esquivas, ella reconocía que todo ese bagaje sentimental propio de una madre les parecía desechable a los hijos. Para ellos, el bolero era ridículo. Para Pastor, en cambio, la música era lo que debía ser. El picaporte de la felicidad. El prólogo de la emoción, si no la emoción

misma. Algo empalagoso. Raro, pero empalagoso. Bailando en la media luz de los salones de baile románticos (aún quedaba uno que otro), Elvira se daba cuenta de que lo que sus hijos rechazaban en ella era lo mismo que ella rechazaba en su marido. La sensiblería atroz de un mundo que se engalana con esferas de colores, quebradizas y huecas como las de un árbol de Navidad. ¿Era necesario elevar como eucaristías profanas los sentimientos interiores, cursis, sensibleros, para disfrazar la carencia de emociones en la vida diaria, la ausencia de seriedad en el eterno relajó que nos afirma ante el vacío y nos distancia de todos: de los demás y de nosotros mismos? Elvira Morales baila abrazada de su marido y Pastor Pagán le dice a la oreja, ¿hasta cuándo vamos a pretender que seguimos siendo jóvenes?, ¿hasta cuándo vamos a admitir que nuestros hijos nos amenazan? Que nos extinguen poco a poco... Al casarse, ella pensó: «Puedo rechazarlo. Pero sólo ahora. Después, ya no tendré esa libertad». Y él, antes de regresar a los horarios de todos los días, a la carga de la costumbre, a los grados de la indiferencia, al termómetro de las deudas reales o imaginarias, le diría al oído mientras bailaban, muy pegaditos, boleros: «Antes, aquí había magia».

La hija. Las cuatro parejas se acercan, fatigadas, a la meta final. La frontera con Guatemala. Los mexicanos, Jehová y Pepita, han tomado el tren que va al río Suchiate y los dos muchachos norteamericanos, Jake y Mike, han optado por las motocicletas. Los tarahumaras Juan y Soledad prefieren correr con ritmo de maratón y montaña. Sólo los mexicanos de Ciudad Juárez, los concursantes de última hora, se han perdido en Oaxaca, donde al fin fueron descubiertos empachados de mole negro en una fonda. A media hora de la meta, en la selva de Chiapas, el tren es detenido por un bloqueo de árboles sobre la vía y de la selva emergen diez, doce diablos juveniles. Rapados, desnudos de la cintura para arriba, con lágrimas tatuadas en el pecho. El narrador del *reality show* no omite estos datos. Cree que se trata de un obstáculo más, previsto para la carrera. Parte del show. No es así. Cinco o seis muchachos suben con ametralladoras al tren y empiezan a disparar contra los pasajeros. Allí mueren instantáneamente Jehová y Pepita. Los gringos Jake y Mike llegan como la caballería en las películas de vaqueros, se dan cuenta de lo que pasa, bajan de las motos, agarran a trompadas a los demonios de la banda asesina. No pueden con ellos. Cuatro rapados disparan contra los jóvenes norteamericanos. Caen muertos. La selva se inunda de sangre. Los tarahumaras huelen de lejos la sangre. Tienen orejas para la violencia. La han sufrido durante siglos, a manos de los blancos y de los mestizos. Sospechan por herencia. No se acercan al tren. Agarran otro camino rumbo a la frontera. Ganan el concurso. Vestidos de indios, están muy a la moda para hacer el viaje en barco por el Caribe. «Nunca hemos ido al mar», anuncian al ser premiados. Alma Pagán apaga la pantalla. No sabe cuándo volverá a prenderla. De todas maneras, se siente mejor informada que sus padres. Ellos son muy ignorantes. Y sin información, ¿qué autoridad pueden tener sobre ella y

sobre su hermano Abel? Pensó esto y no entendió por qué se sintió más vulnerable que nunca.

El hijo. Abel Pagán camina por la avenida de muros pintarrajeados de graffiti. En pared tras pared, la Mara Salvatrucha anuncia que traerá la guerra a la ciudad. Son jóvenes centroamericanos desplazados por las guerras en El Salvador y Honduras. Abel siente pena mirando esta violencia gráfica que tanto afea la ciudad. Aunque afean la Ciudad de México es una tautología. Y el graffiti es universal. Abel vio y sintió la inmensa desolación de la gran calle gris. Esto no tenía remedio. Llegó a la estación del metro. Decidió saltar la barrera y subir al tren sin pagar boleto. Nadie se enteró. Él se sintió libre. El tren, repleto de gente, arrancó.

El patrón. Leonardo Barroso no demuestra emoción alguna al leer estas líneas. Más bien, su falta de emoción es el comentario más elocuente de su desprecio. «Mira, Abel. Aquí ya no hay trabajadores imprescindibles. Entérate, joven. Con las tecnologías modernas, la producción crece y el trabajador descende. Si te llego a ofrecer algo, siéntete privilegiado. Aquí tienes un trabajo seguro y constante. Lo que no tolero son caprichitos. Rebeldías personales a cambio del privilegio de trabajar conmigo. Con Leonardo Barroso. ¿Enterado? Tú dirás. O te incluyes o te excluyes. Yo no te necesito. La empresa crece contigo o sin ti. La mera verdad, mejor sin ti. Todo el tiempo debes sentir que un puesto de trabajo es un privilegio porque tú, Abel, sales sobrando.»

El padre y la madre. No describo a Elvira porque en mis ojos siempre es la misma que conocí un día cantando el bolero *Dos almas*.
Coro de las madrecitas callejeras

Equisita parió en la calle
La mitad de las niñas de la calle están embarazadas
Ellas tienen entre doce y quince años
Sus bebés tienen entre cero y seis años
Muchas tienen suerte y abortan porque les dan una madriza
Que el feto sale chillando del miedo
¿Es mejor estar adentro o afuera?
Yo no quiero estar aquí mamacita
Échame mejor al basurero madre
No quiero nacer y crecer cada día más pendejo
Sin baño madrecita sin comida madre
Sin más alimento quel alcohol madre marihuana madre

Thinner madre resistol madre cemento madre cocaína madre
Gasolina madre
Tus tetas rebosantes de gasolina madre
Echo llamaradas por la boca que mamé madre
Unos centavos madre
En los cruceros madre
La boca llena de la gasolina que mamé madre
La boca ardiendo quemada
Los labios hechos ceniza a los diez años
¿Cómo quieres que me quiera madre?
No te odio a ti
Me odio yo
No valgo una mierda de perro madre
Sólo valgo lo que mis puños manden
Puños de pleito puños de robo puños de puñales madre
Si todavía vives madre
Si todavía me quieres tantito
Ordéname por favor que me quiera tantito a mí mismo
Palabra que me odio
Soy menos que un vómito de perro una cagada de mula un pelo del culo un
 huarache
abandonado un durazno podrido una cáscara negra de plátano
Menos que un eructo de borracho
Menos que un pedo de policía
Menos que un pollo sin cabeza
Menos que la pinga chora de un ruco
Menos que las nalgas aguadas de una puta jaina
menos que el escupitajo de un camellero
menos que el culo rapado de un babún del zú
menos que menos mamacita
no dejes que me mate yo solito
dime algo que me haga sentirme chingoncísimo
chingón valedero a toda madre madre
dame una manita nomás pasáirme desto
¿condenado pas siempre a esto madre?
mira mis uñas negras hasta la raíz
mira mis ojos pegados por las lagañas
mira mis labios descascarados
mira la baba negra de mi lengua
mira la baba amarilla de mis orejas
mira mi ombligo verde y espeso
madre sácame de aquí
¿qué hice pacabar aquí?
Escavando royendo rascando llorando
¿qué hice pacabar aquí?

xxxxxquisita